

Miguel León-Portilla

# Una semblanza para dos rescates

Adolfo Castañón

[La excavación] Es una nueva inesperada forma de agricultura. Se cava para recoger cosechas sembradas hace miles de años. Con el frenético entusiasmo que ha sido siempre la virtud suma y el mayor vicio de los europeos se dedican a escarbar por todas partes. Si se nos deja, haremos del mundo un agujero.

JOSÉ ORTEGA Y GASSET,  
*Las Atlántidas y Del Imperio Romano*

I

El arqueólogo tiene en común con el campesino el hecho de que cultiva la tierra, el campo. Ambos hacen trabajo de campo. En el caso del segundo, los frutos de su acción saltan a la vista y son palpables y hasta comestibles: el trigo, el maíz, la papa. O bien, útiles para el vestido como el algodón, el lino o la seda. El arqueólogo, en cambio, cosecha restauraciones, reconstrucciones, resurrecciones, recoge y cultiva los frutos del pasado. En América se ha dado el caso afortunado del arqueólogo y el filólogo que, al reconstruir, y dar vida al pasado, da vida al presente y al porvenir. En América, a partir del encuentro de dos mundos o descubrimiento, las lenguas indígenas fueron marginadas, acalladas y soterradas como muertas en vida. El estudio de las lenguas in-

dígenas en México a partir de la Revolución, que buscó precisamente restituir la dignidad del campesino, de la cultura rural y del indígena, esa variedad de la agricultura que es la arqueología cobraría una importancia que rebasa lo meramente arqueológico. La idea de que la arqueología puede transformarse en una variante mágica de la agricultura, planteada por José Ortega y Gasset en *Las Atlántidas*, tiene, a la luz de la arqueología mexicana contemporánea representada por Alfonso Caso, Ángel María Garibay, Miguel León-Portilla y Eduardo Matos, un resultado inquietante. Si de la misma manera que las excavaciones del Centro Histórico que han llevado a exponer a la luz el Templo Mayor, produjeron en el espacio de la ciudad un trastocamiento del espacio arquitectónico, de esa misma manera la restauración, reconstrucción, reanimación y traducción y enseñanza de las lenguas indígenas en México introducen en la ciudad del conocimiento y de la educación la necesidad de adaptarse a esas lenguas y culturas que parecían muertas y solamente estaban soterradas, disimulándose en los muros de la historia como esas manchas de humedad que trazan en las paredes dibujos misteriosos pero imponiendo de cualquier modo la apremiante necesidad de ser comprendidos... Este apremio resulta tanto mayor cuanto que se vive en un mundo cautivo de un

irrefrenable proceso de transformaciones. Es como si los jóvenes adultos de hoy cobraran repentinamente conciencia de que han heredado una casa de cuatro pisos —el orden prehispánico, el colonial, el liberal del XIX y el moderno tecnológico del XX y del XXI—, y solamente conocen —conocemos, dijo el otro— una parte... Desde ese ángulo, la arqueología histórica practicada por León-Portilla tiene un carácter medicinal e indudablemente ético y político.

Llama la atención que el estudio en torno a la identidad nacional y a la llamada ontología del mexicano promovida por el grupo Hiperión, encabezado por Leopoldo Zea, Luis Villoro, Emilio Uranga, entre otros, coincida en el tiempo con el inicio formal y articulado de los estudios de las lenguas indígenas por figuras como Manuel Gamio, Cecilio A. Robelo, Alfonso Caso, Miguel León-Portilla. Renuevan y ensanchan el estudio de las lenguas indígenas y más aun le confieren un carácter no sólo literario sino político. Su humanismo se resuelve en una perspectiva demográfica y etnográfica. El arqueólogo se transforma en un sembrador del presente y del futuro. La importancia de los estudios de Miguel León-Portilla alrededor y desde las lenguas indígenas no solamente le dan voz a un pasado soterrado sino a un presente crítico. Profundiza tanto el allá como el aquí. El reciente otorgamiento del Premio Alfonso Reyes de El Colegio de México el pasado 8 de octubre en la sede del Ajusco por la doctora Silvia Elena Giorguli, que preside esta institución, es el motivo de estas reflexiones y lo fue de un hermoso discurso. En sus palabras dichas con familiaridad y simpatía, hizo León-Portilla, de un lado, un ensayo de autobiografía intelectual. Manuel Gamio, Ángel María Garibay, Alfonso Reyes y José Gaos fueron las sombras evocadas y convocadas por las frases del historiador. Al mismo tiempo, como oportunamente lo resaltó en su *laudatio* la doctora Rebeca Barriga, León-Portilla supo armar el diálogo entre la *Visión de Anáhuac* de Alfonso Reyes y la *Visión de los vencidos* que él mismo produjo en 1959, a partir de los diversos testimonios, documentos, premoniciones de la Conquista —europea más que española— en México. Este diálogo entre las dos “visiones” casi se podría decir que podría ayudar a comprender la envergadura y complejidad de la tarea de Miguel León-Portilla, no sólo como historiador y arqueólogo, sino como un guía trágico identificado con la historia trágica de los pueblos, lenguas y comunidades en México y en Hispanoamérica. La posibilidad del conocimiento, vendría a decirnos al oído el decano de los historiadores mexicanos, es una posibilidad trágica en la medida en que está determinada por dos paradigmas a la par irreductibles y condenados a la extinción: la civilización grecolatina y mediterránea y las civilizaciones indígenas americanas.

En uno de los momentos más emotivos de su discurso, don Miguel refirió la anécdota de la muerte del doctor José Gaos al término del examen profesional del historiador José María Muriá. Gaos expiró en los brazos de Miguel León-Portilla. El hecho vertiginoso de este *artículo mortis* no deja de ser memorable después de casi medio siglo de ocurrido. Es un hecho que cabría interrogar simbólicamente en muchos sentidos: uno de ellos sería que el espíritu de la filosofía de la historia pasó en ese momento del aliento español al aliento mexicano. La ceremonia del premio se realizaba, no lo olvidemos, en el salón Alfonso Reyes de El Colegio de México, fundado sobre la Casa de España en México, la casa de los refugiados españoles. Esos refugiados que llegaron a partir de 1939 y que no sólo dieron su trabajo durante las décadas siguientes, sino que continuarían, por así decir, sembrando su herencia intelectual y política hasta nuestros días, al dar voz y aliento, fermento, a la segunda y tercera generación de esos trasterrados, ya arraigados, enraizados en México, y a sus discípulos. Nadie es profeta en su tierra, ¿cuál podría ser la profecía del trasterrado que es, por definición, el intelectual que ha renunciado a su solar nativo para arraigar en la esfera de las ideas?

## II

Es verdad que los estudios de las culturas indígenas emprendidos por León-Portilla tienen auge y discípulos dentro y fuera del país. Pero también es cierto que el orden rural, descalzo y expuesto a la intemperie, se encuentra amenazado por un mundo envuelto en los espejismos y transvaloraciones de un orden mundial inestable y tironeado por fuerzas encontradas. Todo eso lo sabe bien León-Portilla. Lo sabía diríase desde hace mucho. A él le interesa e interesaba el presente y el futuro que ya antes tocaba a las puertas. León-Portilla no sólo estudió en Estados Unidos la filosofía de Henri Bergson, no sólo vislumbró allí el pasado y el porvenir de la cultura náhuatl y la urgencia de estudiarlos. También se interesó vivamente en otras cuestiones. Los textos que se publican a continuación, publicados cuando Miguel León-Portilla tenía 28 años, reflejan no sólo su alerta pluma sino la inteligencia del que sabe captar y comunicar lo que entonces se sabía sobre temas como la energía atómica y su aplicación en “El submarino atómico” o temas de astronomía como “El origen del sistema solar”. Prueba de que al que es profundamente humano nada humano le es ajeno, son las páginas que publicó en *El Nacional* en 1954 y que a continuación salvamos para dejar constancia de los amplios horizontes que alimentan el pensamiento de Miguel León-Portilla. **u**